
Mt. 5, 37: Ma il vostro parlare sia

sì sì no no

ciò che è in più vien dal maligno.

Ubi Veritas et Iutitia, ibi Caritas

Rivelazione e Religione - Attuazione e Informazione - Disamina - Responsabilità

Anno I - N. 2 Pubblicazione mensile: una copia L. 50 - Abbonamento annuo L. 500 (anche in francobolli) Febbraio 1975

Aut. Trib. Roma n. 15709 del 5-12-1974 - Conto corrente Postale n. 1/38464 intestato a « Sì sì No no » - Sped. Abbonamento Postale Gr. III (70%)
Direttore Responsabile: Don Francesco Putti - Via Anagnia, 289 - 00046 Grottaferrata (Roma) - Tel. (06) 94.53.28

COLLABORAZIONE APERTA A TUTTE LE « PENNE » PERO': « NON VOLER SAPERE CHI L'HA DETTO MA PONI MENTE A CIO' CH'E' DETTO » (Im. Cristo L. I, cap. V, n. 1)


# El poder omnipotente de la Redención de Jesús


Artículo del boletín italiana: **sì sì no no**
Título original: *La forza onnipotente della Redenzione di Gesù*
**15 abril 2023**
Traducido al español
sisinono.org


¿Cuál es la fuerza con la que podemos triunfar sobre el amor propio para poder llegar a la unión con Dios? Esta fuerza, sobre la que debe reposar la vida espiritual de toda alma, es la acción redentora de la omnipotencia de Jesucristo.

La fuerza de un alma proviene del conocimiento *práctico* que tiene del valor infinito de la Redención de Jesús.

La omnipotencia de la Redención de Cristo deriva del hecho de que la Persona del Verbo Encarnado es divina e infinita. Sin embargo, ¿somos realmente capaces de *vivir* cotidianamente esta doctrina en la que creemos de forma *teórica*?

Para amar cualquier cosa primero hay que conocerla, entonces podremos desearla y preferirla. Entonces, cuanto más la conocemos, más la amamos, y luego, cuanto más la amamos, más nos esforzaremos por conocerla cada vez mejor.

Entonces, ¿qué es la personalidad? Es lo que distingue al hombre de los animales. La personalidad es el principio de la razón y del libre albedrío.

La personalidad añade algo a la persona (sujeto inteligente y libre); de hecho, es ella (si es verdad) la que da a la persona *la capacidad de vivir por encima de la tiranía de los sentidos*, o (si es falsa) la capacidad de ser su esclava. No todas las personas tienen la misma personalidad.

## La vanagloria

El mundo moderno ha distorsionado por completo (de mala manera) el concepto de personalidad humana. En efecto, hoy se cree que el desarrollo de la personalidad consiste en acrecentar algunas cualidades naturales que permiten a la persona lucirse, distinguirse de los demás, afirmarse por encima de ellos y que la práctica de las virtudes cristianas de la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la obediencia es una renuncia a la propia personalidad. Así, la educación de la personalidad moderna es un campo de entrenamiento para el respeto propio y el narcisismo.

La vanidad o la vanagloria nos lleva a desear ser vistos, admirados, considerados, estimados y honrados.

Los medios utilizados por los vanagloriosos para llamar la atención de los demás son 1°) bienes puramente materiales: belleza, fuerza y riqueza; además, 2°) el poder y el espíritu de dominación a través del cual se desea ser alabado e incluso halagado; finalmente 3°) cualidades intelectuales (inteligencia, memoria, saber hablar bien…).

El peligro de la vanidad es que nos enorgullece incluso de nuestras virtudes (orgullo espiritual). San Máximo el Confesor señala: "Si vences las pasiones más vergonzosas, inmediatamente te asaltan pensamientos de vanagloria" (*Centurie sulla Carità,* III, 59). Así sucede que nos enorgullecernos de nuestro ayuno, de nuestra limosna, de nuestra prudencia y de nuestro silencio combinado con el ayuno.

El que es víctima de la vanagloria no pone su fe en Dios sino en los hombres de quienes espera la recompensa. Es idólatra porque su "dios" son los hombres que lo reverencian.

Así el vanidoso está tan preocupado por ser admirado que se vuelve esclavo de la opinión de los demás por el devorador deseo de agradar a todos.

## La personalidad de Jesús y la nuestra

El misterio de la Unión hipostática es el de una Persona divina, en la que existen dos naturalezas: una divina y otra humana, infinitamente distantes entre sí.

Nos enseña que la personalidad humana —a imitación de la Personalidad divina del Verbo Encarnado— se desarrolla correctamente, sólo en la medida en que el alma humana, elevándose por encima del mundo sensible y material, se pone en la más estricta dependencia de aquello que transforma a un sujeto material en un hombre racional y libre; este elemento transformador consiste en la verdad, la bondad (en el orden natural) y la gracia (en el orden sobrenatural). En última instancia, en dependencia de Dios.

Por tanto, el recto camino que conduce al pleno y perfecto desarrollo de nuestra miserable personalidad (terminada y herida por el pecado original) consiste en perderla para fusionarla con la de Dios, que es el único que posee la Personalidad absolutamente perfecta: en efecto, Sólo Él es la Verdad y el Bien Supremo y es independiente de toda la creación, siendo el Creador.

De ahí la guerra que hay que librar contra el propio yo o amor propio para poder morir a nosotros mismos, para que Cristo viva en nosotros y actúe en nosotros según las ideas y la voluntad de Dios, verdaderamente recibidas por las virtudes infusas y poderes sobrenaturales de la Fe y la Caridad.

De este modo Dios tendrá que convertirse para nosotros en otro "yo" más íntimo de nuestra alma que nuestro antiguo "yo" herido por el pecado original. Así nos daremos cuenta de nuestra verdadera personalidad. Encontramos este principio divinamente revelado en san Pablo (Gal. 2, 20) «ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí»; "para mí el vivir es Jesucristo y el morir es una gran ganancia" (Filip. 1, 21).

¡Cuidado, sin embargo, con el peligro del panteísmo! Si en el *orden del conocimiento y del amor sobrenatural* el cristiano reemplaza su yo por el de Cristo; sin embargo, en el *orden del ser natural* el hombre sigue siendo siempre un "yo" distinto de Dios e infinitamente inferior a Él.

El Verbo Encarnado es, por tanto, nuestro modelo por excelencia; en efecto, en Él no sólo está el orden del conocimiento y del amor que es dirigido por la Persona divina del Verbo, sino también el del ser, ya que Jesús no *tiene personalidad humana*, sino que es una Persona divina con dos naturalezas, una humana y la otra divina; análogamente a nuestra única persona humana en la que hay dos co-principios sustanciales: el alma y el cuerpo.

## De la vanidad al orgullo

Finalmente, la vanidad nos lleva al orgullo que nos hace considerarnos superiores a los demás, que nos lleva a exaltarnos, a alabarnos al menos interiormente. Por lo tanto, despreciamos a los demás, los despreciamos, los juzgamos con severidad y los criticamos sistemáticamente incluso sin ninguna razón. Todo esto nos llena de *un espíritu de contradicción,* de *ganas de enseñar a todo el mundo,* de mandar, de *expresarnos con agresividad* y amargura irónica *hacia los demás, de no aceptar la más mínima divergencia con nuestras opiniones* y gustos.

En definitiva, el orgullo nos empuja a la auto-deificación, a hacer de nosotros un pequeño "dios". Por lo tanto, no admitimos rivales y tememos todo lo que pudiera hacernos sombra; entonces hay que derribarlos con *críticas, calumnias* y *burlas*.

La raíz de este pernicioso desorden es la perversión de la tendencia natural de la criatura a adorar al Creador. Siguiendo el orden correcto natural y sobrenatural, el

hombre tendería a adorar a Dios y se habría elevado a Él a través de la gracia santificante. En cambio, por soberbia el hombre ha trastornado y anulado totalmente este orden, queriendo llegar a ser como Dios (Gen 3, 5), sin Dios, con sólo sus fuerzas naturales e incluso contra Dios.



En resumen, "los soberbios ya no necesitan ni siquiera del diablo para perderse, porque se ha convertido en su propio demonio" (San Juan Crisóstomo, Comentario al *Evangelio de San Juan*, XXII, 25).